

ROMPER EL SILENCIO

por Alborada

Alicia miró el calendario de su reloj, que indicaba claramente que septiembre había empezado. Se desperezó y se fue al baño para ducharse sin prisa, con la música en el móvil. Se dio cuenta de que aún le quedaba algo de moreno en la piel, recuerdo del final de agosto en Cullera. La alarma del móvil sonó a las 7 y media. La tenía como recordatorio de la hora a la que tenía que salir de casa para no llegar tarde a la universidad, y ahí estaba ella secándose el pelo. Ya empezaba el curso con esa mala costumbre. Corrió a la habitación y se puso la camisa estampada de flores, que era la única limpia, y los vaqueros blancos. Sin tiempo para hacerse un café, se tomó frío el del día anterior y una magdalena, y salió al rellano.

Su vecina Rosa, una simpática señora jubilada, salía en ese momento de su piso también.

— ¡Buenos días, Rosa! —dijo Alicia— ¿Cómo está usted?

La señora Rosa no contestó, y se limitó a abrir el ascensor y meterse en él, sin dar tiempo a que entrase Alicia. Extrañada, Alicia pensó que a su vecina se le habrían agudizado los problemas de oído, o tal vez estaría absorta en algún tipo de preocupación. Sin tiempo de esperar al ascensor, bajó veloz los tramos de escalera desde el tercer piso.

En la calle aún se notaba el frescor matinal, pero el sol no tardaría en poner las cosas en su sitio. Al llegar al metro, Alicia se dio cuenta de que se había dejado la tarjeta de transporte en casa. Una empleada estaba en la ventanilla, y Alicia pensó que le podría recomendar la mejor opción para viajar todo el día. Quizás un abono para el día, o algo así. Golpeó con los nudillos en la ventanilla, pero la mujer seguía mirando el móvil. Lo intentó una segunda vez, pero con el mismo resultado. Frustrada, se volvió a la máquina expendedora y compró un soporte nuevo, que recargó con un billete sencillo de ida y vuelta a Ciudad Universitaria.

Sacó el móvil y se puso a repasar sus fotos, mientras bajaba las escaleras mecánicas que llevaban al andén. Ahí estaban los días que había pasado con sus padres en Huesca. Alicia no pudo evitar acordarse de las discusiones que había tenido con ellos sobre su presente y su futuro, y de la forma abrupta en que había decidido volverse de allí ella sola, para evitar que los problemas fueran a más.

Le llamó la atención la foto que se había hecho con su amiga Sandra en el camping de Burdeos. Cómo se reían las dos, pero claro, eso había sido antes de su tonta pelea por aquel chico cuyo nombre ya no recordaba. ¿Michel? ¿Martin? En fin, tendría que llamarla para quedar a tomar un café y arreglarse con ella.

En el tren, la gente parecía más silenciosa de lo normal, y en el transbordo de Avenida de América, se fijó en la cantidad de personas que iban cabizbajas. Cuando llegó a la línea 6, el tren estaba más lleno. Encontró un sitio de pie, junto a las puertas del lado que no se abrían. En cuanto se puso el tren en marcha, un par de músicos sudamericanos empezaron a tocar una melodía de estilo andino, con una guitarrita y una flauta de pan. La música sonaba familiar a Alicia. Sonrió y sacó del bolso una moneda. Los músicos se despidieron y pasaron por el vagón con un vaso de cartón para recolectar los donativos. Alicia extendió el brazo cuando pasó el flautista, pero éste siguió adelante, aparentemente sin verla. Alicia se sorprendió, porque sí estaban recogiendo las monedas de otras personas, como la de una señora que estaba a su izquierda. Volvió a abrir el bolso y guardó la moneda.

Un grupo de estudiantes hablaban en corro, a unos metros de ella. Por un momento le pareció reconocer a alguno de sus compañeros de Traducción e Interpretación, pero una mirada más detenida

CERTAMEN DE RELATOS CORTOS

le desmintió ese dato. Tenía una mezcla de emoción y nervios por volver a la universidad. Había imaginado que se encontraría a alguien de su clase en el metro, y se sentía un poco decepcionada porque no fuera así. Recorrió parte del tren buscando caras conocidas, pero sin éxito. Se le hacía muy raro sentirse sola, estando rodeada de tanta gente, algo parecido a lo que le había pasado en Cullera, pero ahí por lo menos había estado con su familia.

Se bajó del tren en Ciudad Universitaria y se unió a la multitud de estudiantes que subía las escaleras mecánicas. Se puso a la derecha para no molestar. Un empujón a su izquierda le pilló desprevenida. Giró la cabeza. Era un chico que subía a paso veloz por el lateral izquierdo. Alicia le golpeó la mochila con rabia— ¡Oye, mira por dónde vas! —le gritó. El muchacho siguió subiendo sin girar la cabeza ni parecer inmutarse. Alicia miró alrededor. El resto, todos jóvenes, salvo dos señoras de mediana edad, parecían no haberse dado cuenta de nada, y seguían como si nada con su móvil, sus conversaciones o su mirada perdida.

En la calle, Alicia sintió ganas de llegar a la facultad cuanto antes. Empezar el segundo curso de la carrera era lo único que le importaba ahora, para dejar atrás este mal principio de la mañana. Caminó aprisa por la Avenida Complutense. Un poco más adelante vio por fin caras conocidas. Gael, Lidia y Clara andaban con paso relajado y conversación animada.

— ¡Hola chicos! —dijo Alicia cuando llegó a su lado.

— ¡Pues cuando estuvimos en Lisboa vimos a Irene y a estas! —dijo Lidia.

— ¿Lo dices en serio? —preguntó Gael.

Alicia se sorprendió de que no la hubieran reconocido— ¡Hola! —dijo, poniéndose delante de ellos— Soy yo, ¡Alicia!

Clara paró en seco y se giró a Lidia— ¿Es en serio que viste a Irene en Portugal?—dijo— ¡No puede ser verdad!

Alicia no entendía qué clase de broma le estaban haciendo, ni a qué venía aquello—¿Es que no me oís? —preguntó.

— Sí, totalmente en serio —dijo Lidia entre risas, reemprendiendo el paso—Yo flipé, porque ella me había dicho que no iba a salir de Madrid, pero luego no sé que paso, que le echaron del trabajo o algo.

Furiosa, Alicia trató de coger a Clara por los hombros, pero una especie de fuerza le impedía tocarla— ¡Parad! —gritó, pero vio como, sin inmutarse, sus compañeros seguían su camino a la facultad. Nunca le había pasado algo así, y tenía a Clara por amiga, pero debía de estar molesta con ella por algo que no conseguía entender.

Miró el móvil. Eran ya más de las 8 y cuarto, y no podía perder tiempo en lamentaciones. Aceleró el paso y pronto adelantó a Clara, Lidia y Gael. En la Facultad de Filología todo daba la sensación de estar recobrando poco a poco su vida después del letargo veraniego. En el pasillo que llevaba al aula B12, donde tenía a las 8 y media su primera clase de Documentación para Traductores vio a algunos alumnos, esperando para no ser los primeros en entrar. Entre ellos estaba Irene. Alicia se alegró de verla, después de los problemas que sabía que había tenido el curso anterior— ¡Hola Irene! —dijo Alicia—Oye, ¡que me he enterado de que has estado en Lisboa! ¡Qué bien! ¡Me encanta Lisboa!

Irene giró la cabeza a la izquierda, por donde venían más estudiantes—¡Hola Juanillo! —dijo. Parecía evidente que tampoco podía verla. Era algo muy extraño. Sólo ensueños, o en pesadillas, le habían pasado cosas así.

— ¡¿Pero es que nadie me oye?! —gritó Alicia a pleno pulmón.

Irene siguió hablando con Juan y los demás que iban apareciendo, pero nadie ni siquiera miraba a Alicia. Harta de la situación, abrió la puerta del aula, encendió la luz y se sentó en primera fila.

CERTAMEN DE RELATOS CORTOS

Mientras esperaba a que empezase la clase, miró el móvil. Se acordó de que no había dicho nada a su madre de que empezaba las clases, y por eso no le sorprendió no tener su tradicional mensaje deseándole una buena vuelta a las clases.

— *Mamá, ya estoy en clase, que empiezo esta mañana*—escribió en un mensaje de texto. Vio cómo los tics de confirmación se volvieron azules, y esperó la respuesta de su madre, pero no llegaba. Sintióse desamparada, miró el resto de mensajes. Se dio cuenta de que no tenía ningún mensaje nuevo desde el día anterior. De hecho, los últimos mensajes que había escrito la tarde anterior, a Sonia, a su hermana Alejandra, a los de la academia de dibujo, seguían sin contestar. Alicia se sentía desamparada. No entendía qué estaba pasando. Estaba rodeada de gente por todas partes, pero su soledad era completa. Algo le dijo en su interior que tenía que mirar más allá de las apariencias. Se pensó, una vez más de tantas últimamente, si realmente había un Dios o alguien que la escuchase cuando hablaba. Otras veces eso le había producido inquietud, pero en este momento lo veía como un posible consuelo— Si existes, ayúdame —musitó.

Paloma Constanza, la profesora de Documentación entre en el aula—Buenos días muchachos, y bienvenidos al nuevo curso —dijo mientras el resto de estudiantes terminaban de tomar asiento— Antes de empezar, y para ir calentando motores, os quiero preguntar. ¿Qué pensáis que es lo más importante para ser un buen traductor?

Alicia levantó la mano, al igual que la chica morena que se había sentado a su lado y dos estudiantes más.

— Leer mucho —dijo la muchacha morena.

— Muy bien —dijo la profesora— Leer mucho es muy importante. Pero hay más cosas. ¿A quién se le ocurre?

Alicia levantó aún más la mano, pero la profesora no miraba hacia ella.

— Usar buenos diccionarios — Dijo un muchacho con el pelo rizado y barba, al final del aula.

— Sí, es cierto que usar buenos diccionarios es muy importante —dijo la profesora—tanto digitales como en papel. Pero hay algo más. A ver a quién se le ocurre.

— ¡Yo! —dijo Alicia, agitando la mano en el aire— Manejar bien los dos idiomas.

La profesora Constanza no miró a Alicia. Un sudor frío le recorrió el cuerpo. Parecía no verla, como el resto de personas.

— Bueno, pues os lo digo yo —dijo la profesora— Además de leer mucho y usar buenos diccionarios, es necesario tener mucho sentido común. Y ahora os explicaré a qué me refiero.

Alicia no soportaba más que todos la ignorasen de aquella manera. Se puso en pie y se giró al resaca de la clase— ¡Pero, vamos a ver! —gritó— ¿Es que nadie me oye?

Todos siguieron a lo suyo, escuchando a la profesora, o terminando de sacar sus cosas de las mochilas y bolsos.

— Si alguien me oye, ¡decídmelo ya! —gritó Alicia, subiéndose a la mesa.

La profesora deambuló por la tarima, pero sin parecer prestarle ninguna atención—Hace falta sentido común, porque es la herramienta clave para interpretar un texto. Furiosa, y aún encima de la mesa, Alicia miró a su alrededor. Todos seguían sin prestarle la más mínima atención— ¡Me importa un bledo tu sentido común! —gritó—¿Y vosotros? ¡¿Por qué no me miráis?!

La profesora Constanza se giró para escribir en la pizarra. Los demás estudiantes terminaban de sacar sus folios y bolígrafos. Desesperada por ser ignorada como si estuviera en un mundo paralelo, Alicia cogió su mochila y salió corriendo del aula con lágrimas en los ojos. Sin mirar atrás, corrió con rabia por los pasillos, escaleras abajo, y por todo el camino hasta el metro, y de ahí a casa. Tenía que

CERTAMEN DE RELATOS CORTOS

ser un mal sueño todo lo que le estaba pasando. En casa el silencio le aliviaba, pero no le hacía sentirse acompañada. El recuerdo de todo lo ocurrido en la facultad venía con fuerza a su cabeza. En la cocina buscó en la nevera y cogió un yogur y una cerveza. Sólo podía haber sido una broma. Alguien había pensado esta gracia, probablemente Clara, que era muy dada a los montajes de fiestas sorpresa y cosas de ese estilo, pero no conseguía entender por qué, ni cómo había conseguido poner de acuerdo a todo el mundo. No tenía mucho sentido, y desde luego, muy poca gracia.

Cogió el móvil y escribió su mensaje a Clara: *No sé por qué has montado todo este jaleo, pero te has pasado tres pueblos. Me debes una disculpa.*

Enviar el mensaje no le dejaba tranquila, y más teniendo en cuenta que, en realidad, probablemente había metido en el jaleo a más gente, y debería estar escribiendo un mensaje parecido a Lidia, a Gael, a Paloma Constanza... y eso claramente sería demasiado.

Borró el mensaje que le había enviado, y escribió uno nuevo: *Si has leído lo que te he escrito, no hagas caso.*

El yogur no le sabía bien. Cogió otra cerveza de la nevera. Echaba tanto de menos poder hablar con alguien... Tenía que hacer las paces como fuera con Sandra, porque no podía soportar más no tener a su mejor amiga. Buscó su contacto en el móvil y se aclaró la garganta— Sandra, soy yo, Alicia—grabó en el mensaje de voz— Que quiero que sepas que siento mucho lo que te dije en Francia, y que te quiero mucho y eso, y que quiero que volvamos a ser amigas, y que me llames, ¿vale? O te llamo, o algo. Vale... besitos.

Oyó el mensaje y se sintió ridícula, pero probablemente era que ella era ridícula y eso tenía poca solución. Pegó un largo sorbo a la lata y se tumbó en el sofá. Repasó los chats y miró con curiosidad el de su madre. Los tics azules del mensaje de la mañana seguían ahí, pero no estaba su contestación. Verdad era que su comunicación había empeorado desde que en verano le había insistido tanto en que se pusiese a trabajar para pagarse la carrera, que la vida no era para estar a verlas venir, y que si quería vivir en plan bohemio que no contara con ellos y que o se ponía las pilas o le dejarían de pagar el alquiler en Madrid. También era verdad que se había cansado de oírla y se había marchado de mala manera de casa en Huesca, y había improvisado el plan con Sandra. Y aunque luego habían vuelto a convivir en Cullera, la herida seguía abierta y tenían también una conversación pendiente. Por un momento pensó llamarla, pero no estaba segura de poder hablar con claridad suficiente para mantener una conversación en la que tendría que defender sus argumentos de forma sólida. Se aclaró la garganta— Mamá, te quiero—grabó—Sólo quiero que lo sepáis, y si quieres que hablemos de lo de que trabaje, que sepas que a lo mejor me pasé y eso, y que bueno, que ya he estado en la universidad, pero ahora estoy en casa... y que me llames, o te llamo mañana.

Encendió el mensaje para oírlo, pero al instante lo apagó porque le daba vergüenza su voz y su forma ridícula de hablar. En el sofá estiró las piernas y dejó el móvil en el suelo. De todos modos, nadie quería hablar con ella por lo que parecía. Y Dios, ¿la escuchaba? Pues no parecía, porque ¿por qué lo iba a hacer? Primero porque no existía, y después, porque si existiese, ¿por qué perdería el tiempo hablando con ella? —Si me oyes, ayúdame—le dijo— Estoy muy sola, y tengo mucho miedo.

Miró al techo y trató de fijar la mirada en la sombra que formaba la lámpara, pero ésta no tenía mucha definición, y la poca que tenía se iba difuminando por momentos. Los ojos se le cerraron y la respiración se le volvió profunda.

El timbre sonó con insistencia. A Alicia le parecía que era parte de su sueño, pero las repeticiones le pusieron la mente en alerta, y con dificultad abrió los ojos. Era de día y estaba en el sofá. Vio en la mesita del salón una lata de cerveza y recordó por qué estaba ahí. El timbre volvió a sonar. De un impulso se levantó del sofá— ¡Voy!—gritó, mientras se quitaba el pelo de la cara. No había tenido tiempo ni de mirarse al espejo, y probablemente era mejor que no lo hiciera. Oyó un sonido de pasos detrás de la puerta. Quitó el cerrojo y abrió la puerta. Un repartidor moreno estaba esperando el ascensor y se volvió a ella—¿Eres Alicia Mayoral?—preguntó.

CERTAMEN DE RELATOS CORTOS

Alicia sintió una extraña emoción de oír a alguien hablarle por primera vez en varios días— ¡Sí! —dijo con entusiasmo— ¿Cómo sabes mi nombre?

— Bueno... lo pone aquí en el paquete —dijo el chico sonriendo.

Alicia pensó que estaba pareciendo muy tonta y que tenía que centrarse. Además, el chico era guapo— ¿Es que me traes algo? —dijo Alicia con una mueca de escepticismo— Yo no he pedido nada... que recuerde.

— Pues mira, no lo sé —dijo el chico, encogiéndose de hombros— Pero supongo que lo tienes que coger.

Alicia notó que el chico estaba acalorado. Miró el reloj. Eran las 12:14 del mediodía. Evidentemente ya no era hora de ir a clase, y estaba disfrutando poder por fin hablar con alguien. Necesitaba alargar esa conversación, por si no volvía a tener más, visto lo visto el día anterior— Mira, se me ocurre que, si quieres, puedes pasar y te tomas un refresco o algo, mientras compruebo lo que es, porque realmente me extraña —dijo.

El muchacho parecía confundido— No puedo —dijo— Tengo la furgoneta en doble fila y si no me doy prisa se la llevará la grúa. Yo sólo sé que el jefe me dijo que viniera.

— ¿Que vinieras aquí? —preguntó Alicia, sorprendida.

— Sí, pero ahora me tengo que ir —dijo el muchacho— Tengo prisa. — ¿Y si te vienes luego a comer? —dijo Alicia, sorprendiéndose de sus propias palabras.

El chico se puso rojo— Bueno, puede ser —dijo— ¿A qué hora? — ¿A las dos y media? —dijo Alicia.

— De acuerdo —dijo él con una sonrisa, que le pareció muy bonita, como de niño feliz.

Alicia se dio cuenta de que no conocía el nombre del chico, aunque él conociese el suyo— ¿Cómo te llamas? —preguntó.

— Miguel —dijo el chico, secándose el sudor de la frente.

— Alicia y Miguel —dijo ella con una sonrisa— Creo que suena bien. Él se encogió de hombros— Me tengo que ir —dijo él.

— Hasta luego —dijo ella.

— Hasta luego —dijo él, mirándole a los ojos, mientras abría la puerta del ascensor.

En cuanto se marchó, Alicia se dio cuenta de que se había olvidado de pedirle el teléfono. Estuvo tentada de bajar la escalera corriendo y decírselo, pero pensó que eso podría asustar al muchacho, porque bastante raro había sido ya su atrevimiento para invitarle a comer.

En ese momento salió su vecina, la señora Rosa, con su carro de la compra— ¿Cómo estás, Alicia? —le preguntó— Hacía tiempo que no te veía.

Extrañada, recordó el incidente del día anterior, cuando ella había ignorado su presencia— Estoy bien, Rosa —dijo— Usted también muy bien, por lo que veo.

— Bueno, una tiene sus cosas, hija —dijo.

— Bueno, pues que tenga un buen día —dijo Alicia.

Algo raro tenía que haber cambiado desde anoche porque las cosas parecían bien distintas. ¿Sería que Dios por fin le había oído? No le parecía muy lógico, pero no encontraba otras explicaciones para lo que estaba pasando. Sin saber qué cocinar para Miguel, llamó a Sandra, quien le contestó a la primera. Pudieron hacer las paces, y reírse un rato, contándose anécdotas, como el día en que Sandra se había caído en un hoyo en la playa, o todas las cosas que le habían ocurrido a Alicia el día anterior,

CERTAMEN DE RELATOS CORTOS

que tampoco Sandra entendía. Alicia se tranquilizó de poder hablar con su amiga, a quien no parecía haberle llegado su mensaje de la noche anterior, y disfrutó la conversación jocosa sobre Miguel y el tipo de comida que debía preparar. Se decidieron por unos *tortelloni* al queso con *pesto* y unos refrescos, y de postre un tiramisú, para todo lo cual decidió bajar al supermercado, previa ducha exprés. Mientras se secaba el pelo, le sonó el teléfono. Era su madre para disculparse por no haberle llamado ayer. No habían visto su mensaje, pero había intuido que necesitaba hablar sobre cómo estaba empezando el curso. Le tranquilizó sobre cómo estaba y le prometió que pronto tendría un trabajo. También vio un mensaje de Clara, preocupada por no haberla visto todavía en la universidad en los dos primeros días. Extrañada, Aliciale preguntó si había visto su mensaje del día anterior, pero le contestó que no. Aliciale prometió que iría a la facultada al día siguiente.

Mientras hacía la compra y hervía los *tortelloni*, se preguntaba si lo que había vivido el día anterior había sido un sueño, pero desde luego había parecido muy real, y fuera como fuera, seguía muy impresionada.

Con el corazón revolucionado, la mesa puesta y su nuevo vestido verde y zapatos a juego, Alicia se sentó a esperar a Miguel. Cuando el tocó el timbre de arriba, a las 14:25, y miró por la mirilla de la puerta, vio que el chico llevaba un ramo de rosas en la mano. Entonces supo que su suerte, por fin, había cambiado.